



EL CUMPLEAÑOS

Marta Fernández-Cuartero

EL CUMPLEAÑOS



Primera edición: octubre de 2026

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Marta Fernández-Cuartero

ISBN: 979-13-88411-50-2

ISBN digital: 979-13-88411-51-9

Depósito legal: M-24364-2026

Editorial Adarve

C/ Luis Vives, 9

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

A Pedro

«Todo el espacio que vivimos no es vida sino tiempo».
De la brevedad de la vida. Lucio Anneo Séneca

ERNESTINA

Nada más doblar la esquina, se atenuaba el bullicio de la ciudad y, una vez se habían dado unos pocos pasos, prácticamente desaparecía. Mientras se avanzaba por entre los muros y las rejas, que dejaban ver a uno y otro lado los bellos patios con sus puertas orgullosamente abiertas, invitando a admirarlos, el piar de los pájaros y el murmullo de las hojas de los árboles terminaban por acallar del todo las voces y los ruidos que se habían ido quedando atrás. El azahar de los naranjos en flor invadía entonces los sentidos.

No era largo el camino. Al contrario, el callejón tendría apenas trescientos metros, pero la atmósfera experimentaba una transformación tan radical para quien se adentraba en él que era inevitable la impresión de haber penetrado en otro mundo.

Al fondo se erguía la casa grande. Vista desde la calle, no parecía tan alta. La parte más elevada de la edificación, con sus tres pisos y la terraza del ático, que sobrepasaba a todas las casas circundantes, no se apreciaba bien hasta después de haber traspasado el portalón exterior y de haber dejado atrás el corto sendero enlosado, flanqueado por cuatro cipreses, que conducía a la puerta principal.

Por muchas veces que hubieran recorrido el callejón año tras año durante décadas, seguían experimentando las mismas sensaciones, aunque no se pararan a percibirlas: una amalgama indescriptible de sabores y olores, de recuerdos infantiles, de cariños profundos y de alegre nostalgia.

Aparecían con sus flores y regalos todos los que eran: los que fueron, menos los que ya faltaban, más los que habían ido llegando

nuevos. Una suma algebraica de muertes y nacimientos, de uniones y rupturas.

Desde la calle se adivinaba la febril actividad que reinaba en la casa y podían aspirarse los efluvios prometedores que impregnaban el aire: el aroma del guiso borbotando en el puchero, el de la carne y el pescado cocinándose a fuego lento en su cazuela y hasta el de la tarta de cumpleaños que se cuajaba despacio en el horno.

A Ernestina, los muchos achaques de sus noventa y cinco años le pesaban en el cuerpo, impidiéndole moverse con la agilidad que su carácter inquieto habría deseado, pero su mente continuaba tan lúcida como siempre, dueña de una memoria privilegiada con la que recordaba hasta en los menores detalles tanto los acontecimientos pasados, aun remotos en el tiempo, como las vidas presentes de todos los miembros de su familia.

Ernestina tenía cuatro hijos. Cinco, en realidad, contando a la mayor, la malograda Sagrario, muerta prematuramente a los veinte años. Fue aquel triste suceso la primera gran tragedia familiar, dolorosa por inesperada, devastadora porque se llevó consigo a una persona muy querida y demasiado joven para morir, a una muchacha alegre, ingeniosa y llena de curiosidad. Uno de esos raros seres capaces de crear un universo a su alrededor, porque estaba tan viva, tan gozosamente viva, que parecía imposible que fuera a morir tan pronto.

Sagrario quería viajar, recorrer la Tierra entera y visitar todos los países del mundo, decía, para conocer las ciudades y también los bosques, los desiertos y los siete mares. Sería exploradora, oceanógrafa y naturalista, imaginaba un día, y montaría en elefante, subiría en globo o surcaría los océanos navegando en un velero. O quizá sería reportera, pensaba al otro, la corresponsal de un periódico importante en un lejano y exótico país, adentrándose audaz en lo desconocido con la cámara al hombro y la libreta en ristre. Soñaba y ahorrraba todo lo que podía, mientras planeaba viajes fabulosos y vueltas alrededor del mundo.

Sagrario tenía una sonrisa luminosa y soñadora con la que expandía su entusiasmo cuando hablaba de aquellos proyectos su-

yos. Sacaba entonces los libros de arqueología, de arte o de parajes naturales que atesoraba en su biblioteca y se extasiaba mostrando las fotografías con las que ilustraba sus encendidas explicaciones. «¡Cuántas maravillas por descubrir! —exclamaba, transportada por su pasión romántica—. Mirad las catedrales alzarse magníficas, los castillos y palacios de cuento, las ruinas misteriosas de ciudades perdidas en medio del desierto; mirad los paisajes infinitos, los animales salvajes corriendo libres por la sabana, los glaciares, los volcanes o recreaos, si queréis, en las islas paradisíacas en donde quizá os gustaría perderos un día...». Los demás la escuchaban indiferentes o escépticos cuando hablaba con fervor incansable de todos esos lugares de ensueño que describía como si hubiera estado en ellos, que conocía como la palma de su mano, que había estudiado, admirado y recorrido mil veces en sus preciosos libros y con la fuerza ilusionada de su imaginación. Todos esos lugares que ella jamás podría contemplar.

Sagrario parecía fuerte, sana y plena de vitalidad, pero llevaba dentro, escondida, una grave dolencia que había puesto días contados a su joven corazón. El infarto la fulminó en el acto, llevándosela a un lugar desconocido y lejano al que ella no habría deseado viajar tan pronto.

La muerte repentina de Sagrario cayó en su familia como una enorme losa que los aplastó literalmente, hundiéndolos en las profundidades de un dolor permanente durante meses interminables y que todavía después continuó gravitando sobre sus vidas como una capa de tristeza que todo lo oscurecía. La pena había impregnado de tal modo aquella casa que terminó por hacerse costumbre y, más tarde, obligación. Cómo atreverse a reír, a cantar, a vestirse de flores; cómo concebir siquiera la alegría ante la idea cruel de que ella ya no estaba.

Reuniendo toda su entereza, Ernestina puso fin a esa atmósfera opresiva de tragedia a la que todos se creían obligados a someterse. Un severo luto que había durado ya demasiado tiempo. Tenía una hija muerta, muy amada y añorada, pero tenía también cuatro hijos

vivos que seguían mereciendo su atención y su cariño. Cuatro hijos que necesitaban un hogar donde entraran el aire fresco y la luz del sol. Se quitó el luto del cuerpo y del alma, tiró a la basura la ropa negra y guardó en un álbum las fotografías de Sagrario que atestaban de recuerdos hasta el último rincón. Descorrió las cortinas y abrió las ventanas.

—Se acabó —les dijo—. Siempre la llevaremos dentro de nosotros, pero ella se ha ido y es hora de dejarla partir. No más silencio, no más oscuridad.

Ernestina volvió a poner flores en los jarrones y volvió a vestirse de color. La música sonó otra vez en los cuartos de sus hijos, la radio alegró de nuevo la cocina y regresaron las veladas de cine que solían reunir, después de cenar, a la familia en torno al televisor.

Todos recibieron la decisión de Ernestina aliviados y dispuestos a acomodarse enseguida al nuevo ambiente. Todos menos Fermín, el padre hundido en la desesperación por la incomprensible muerte de su hija, que no podía ni quería arrancarse la desolación del pecho. Se culpaba por no haber sabido advertir el mal que su hija llevaba dentro, por no haber sido capaz de descubrir su dolencia letal y ponerle remedio a tiempo de salvar su preciosa vida. Habría bastado una visita al médico, unas sencillas pruebas y la operación oportuna que habría devuelto a Sagrario la salud y preservado su futuro inmenso para vivirlo con la intensidad con que ella vivía la vida, para la felicidad de su padre y de su madre y la alegría de todos nosotros, que morimos en parte con ella. Fermín se atormentaba sin tregua, porque carecía de esa inquebrantable fortaleza de ánimo que ponía en pie a Ernestina como un resorte y no tenía su empeño obstinado ni su empuje vital para aceptar los golpes del destino, sobreponerse al desaliento y seguir adelante como hacía ella.

Después llegaron años atareados y fugaces, en los que los cuatro hermanos terminaron de hacerse adultos y fueron asentando sus vidas, cada cual a su manera. Ernestina despidió a sus hijos sin pena; antes bien, satisfecha y orgullosa de verlos partir a empre-

der un futuro que se mostraba prometedor. Ilusionada también ante el suyo propio, esa época dorada en la que Fermín y ella disfrutarían los dos solos, juntos y unidos, de todas las cosas bellas y emocionantes que habían planeado y que las muchas tareas e inquietudes que absorbieron su vida les impidieron realizar.

Pero todo proyecto largamente acariciado lleva consigo la semilla de su frustración. Cuando Soledad, la mayor de los hermanos que quedaban, esperaba el nacimiento de su primera hija, el patriarca de la familia enfermó gravemente. El mal se había descubierto demasiado tarde. El tumor era muy agresivo y la enfermedad se extendió deprisa, imparable, apoderándose uno a uno de sus órganos hasta acabar de manera irremisible con la vida de Fermín Guzmán.

La pena y el luto entraban de nuevo en aquella casa, arrasando ilusiones y promesas, truncando los sueños de un futuro que de repente había quedado hecho añicos. Todos padecieron el golpe de perder a un padre querido, pero, cuando cesaron los pésames, se secaron las lágrimas y la puerta se cerró tras el último abrazo, nadie más que Ernestina se quedaba de verdad sola sin él. En esa ausencia, que era solamente suya, el vacío de la casa se abatió sobre su alma como si quisiera sepultarla a ella también. Fueron días y días negros en los que llegó a perder la noción del tiempo. Abandonada a la desesperación y el desconsuelo, no quería comer, no quería hablar, no quería ver a nadie. «Marchaos y dejadme morir en paz».

Pero el tiempo, del que se dice que todo lo cura, fue pasando y poco a poco se iba llevando consigo la sinrazón de una tristeza eterna. Ernestina se levantó un día y tomó conciencia de su propia vida. Recobró la entereza y la serenidad perdidas y se dio cuenta de que no quería sucumbir a su gran pena; no quería dejar que la congoja se aposentara otra vez en su familia. Luchó entonces contra la mujer vencida por el infortunio y entregada a la pesadumbre que pugnaba desde su interior por arrastrarla hacia el abismo, la viuda eternamente doliente que llevaba dentro, la madre apática y quejumbrosa, la abuela triste y amarga que la acechaban tentándola para que se dejara llevar por el abandono. De pronto, se vio con

horror transformada en la mujer de negro que repasa sus recuerdos descoloridos y espera a las visitas reclinada con desmayo en un sillón, hora tras hora y día tras día. La tragedia vivida con la muerte de Sagrario no podía repetirse. Era cierto que se sentía más débil, que el paso de los años había mermado las fuerzas de su cuerpo y de su espíritu, pero aún latía en su interior un resto de coraje que debía sacar afuera, alimentarlo y sobreponerse a la aflicción. La herida profunda nunca llega a sanar, pero hay que echársela a la espalda y habituarse a esa carga en la que pesan los dolores pasados y pesarán los venideros. Será un sufrimiento perenne, sordo, del que emergerán con persistencia intermitente repentinas punzadas intensas cuando un acontecimiento cualquiera, un estado de ánimo o un hecho cotidiano hagan salir a flote los recuerdos que se creían apaciguados en los rincones de la memoria.